

RESILIENCIA DEL NEOLIBERALISMO: CÓMO DIAGNOSTICAR UNA ENFERMEDAD AUTOINMUNE*

Meysis Carmenati González

La historia de América Latina es un desafío para toda narrativa ilustrada. Nociones como democracia, derechos, progreso, incluso racionalidad, suelen usarse adicionando adjetivos. Estos pueden ser del tipo que oculta una especificidad indisputable, como la nomenclatura “democracia representativa”, aplicada a un sinnú-

* Algunos análisis y argumentos expuestos en este capítulo se publicaron antes en: Meysis Carmenati González y Erik Jeremy Mozo Narváez. “Resiliencia del neoliberalismo en los gobiernos progresistas. El caso del TLC entre la Unión Europea y Ecuador (2017)”, *Revista nuestrAmérica*, [S.L.], vol. 7, núm. 14, 2019, pp. 258-288. ISSN 0719-3092. Disponible en: <<http://revista-nuestramerica.cl/ojs/index.php/nuestramerica/article/view/224>>. Esta nueva reflexión es resultado de los comentarios y análisis que surgieron durante el seminario del proyecto de investigación “Los derechos humanos y los derechos del libre mercado frente a la crisis del Estado en América Latina” [clave IN400418], del Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe (CIALC), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Gracias a esas intervenciones y debates hoy surge esta segunda versión revisada y enriquecida.

mero de regímenes a costa de sus condicionamientos específicos; o del tipo que busca visibilizar una peculiaridad, por ejemplo, “sociedades plurinacionales”. Sin aludir a la necesidad de tales precisiones y a la importancia de matizar y transparentar posturas epistemológicas, es posible observar como la historia y el presente de nuestra América se reescribe en una adjetivación perpetua, mediante imágenes-espejo, de alguna forma invertidas, copiadas, apropiadas y en proceso constante de reinención.

En este capítulo se explora un término que ha logrado eludir los adjetivos, cuya impresión parece tan fuerte y clara que no amerita otro énfasis, en tanto sus manifestaciones se repiten, a modo de esquemas, atravesando y absorbiendo regiones geográficas y marcos culturales y políticos diversos. Se trata del concepto *neoliberalismo*.

Para entender la relación estructural entre neoliberalismo y nuevas estrategias de adueñamiento por expropiación se aborda un fenómeno específico: el impacto de los Tratados de Libre Comercio como pilares de un proyecto político transnacional que exige sistemáticos ajustes a economías ya dependientes y periféricas. Se trata de un régimen de reproducción del capitalismo que, en el particular contexto de inicios del siglo XXI, se integró a las políticas de los gobiernos progresistas evidenciando tensiones a su interior.

El establecimiento de aparatos (como el Acuerdo Multilateral entre Ecuador y la Unión Europea, vigente desde 2017) que regulan y organizan las tramas de acumulación de capital no es una realidad independiente a las prácticas de saqueo y precarización. Forma parte del tejido institucional que las hace posibles. De ahí que los tratados no sean elementos meramente económicos, sino piezas de un ajedrez, una maniobra de monopolización y unilate-

ralización, cuya finalidad es instrumentalizar el patrimonio de las naciones y perennizar la dependencia capitalista-colonial.

Cabe preguntarse, en ese sentido, cómo el neoliberalismo se ha instalado aún en contextos de mutaciones políticas que en principio se le oponían, hegemonizando su proyecto frente a fuerzas sociales adversas, imprimiendo su huella en un cambio de siglo que no puede narrarse sin la disputa neoliberal.

Al respecto, esbozo la tesis de que el neoliberalismo, para existir, debe extenderse de forma constante, tanto geográficamente como hacia la intimidad, implementando una lógica que aquí defino como de “vida precaria o muerte”. Esta necesidad estructural explica en parte su resiliencia, y denota una estrategia de acumulación de bienes naturales y materiales que pudiera estar vinculada a la lucha por la reproducción, en un mundo donde los recursos que la posibilitan son cada vez más escasos.

UN NEOLIBERALISMO DE LARGA DATA

A veces parece que las políticas de ajuste neoliberal son recientes, pero han permanecido ya durante algunas generaciones. Para rastrear su paso ni siquiera es forzoso acudir a disciplinas económicas o políticas. Dentro de la teoría feminista, ya en 1975, Selma James sostenía: “han comenzado a esgrimir la pobreza y la austeridad y esperan que las mujeres seamos las primeras en absorber la sacudida”.¹ Y en las narrativas anticoloniales, en 1986, Roberto Fernández Retamar afirmó: “No en balde se habla de una nueva

¹ Selma James, “Prólogo a la edición latinoamericana”, en Selma James y Mariarosa Dalla Costa, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, México, Siglo XXI Editores, 1975, p. XVIII.

derecha en muchos de esos países, mientras en otros una situación similar asume la forma de una aparente despolitización”.² Con mayor énfasis, en una revisión de 1993 precisaba: “portarse bien supone por ejemplo someterse a las soluciones drásticas, de choque, del Fondo Monetario Internacional, que bajo la enseña letal del neoliberalismo está devastando de nuevo las tierras de Caliban”.³

Antonio Elías analiza el neoliberalismo como parte de una ofensiva estratégica del capital que empieza luego de la crisis de los años setenta,⁴ cuando organismos multilaterales imponen los lineamientos del Consenso de Washington y las reformas de segunda generación del Banco Mundial, así como otros tratados de inversión y libre comercio. Se trata de una reestructuración capitalista mediante cambios institucionales y políticas económicas que permiten la penetración del capital transnacional y la maximización de sus beneficios. Elías identifica una primera fase, de principios de los setenta a mediados de los ochenta, cuando el nuevo modelo de acumulación se caracterizó por la destrucción, o reducción al mínimo, de los Estados de bienestar del continente. Como no podía lograrse en un contexto democrático, se recurrió a dictaduras militares y gobiernos autoritarios: “Sobre la ‘tierra arrasada’ se impusieron medidas económicas que habrían sido inviables si se hubiera mantenido la democracia: se redujo el salario

² Roberto Fernández Retamar, “Caliban revisitado”, en Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*, Cuba, Fondo Cultural del Alba, 2006, p. 102.

³ Roberto Fernández Retamar, “Caliban quinientos años más tarde”, en *Ibid.*, p. 159.

⁴ Antonio Elías, “La ofensiva del capital y el ocaso del progresismo en el Mercosur”, en Pablo Gentili y Nicolás Trotta [comps.], *América Latina: la democracia en la encrucijada*, Buenos Aires, Editorial La Página, 2016.

real, se bajaron los impuestos al capital y se abrieron las economías al exterior de forma unilateral, con una reducción drástica de los aranceles a las importaciones y la liberalización de los flujos financieros.”⁵

La segunda fase ocurre desde mediados de los ochenta a fines de los noventa. Durante esos años, y en el marco de la crisis de la deuda externa, las dictaduras son desplazadas por democracias que van a adoptar las políticas económicas del Consenso de Washington, lo que implicaba “*reducción del papel del Estado, privatización de empresas públicas, flexibilización laboral, desindustrialización, predominio del sector financiero y cesión de soberanía política y económica*”.⁶ Al mismo tiempo, promovían un modelo neoclásico caracterizado por “*una clara orientación de mercado con apertura externa, asumiendo la teoría de las ventajas comparativas por la cual el libre mercado llevaría a la convergencia de las economías*”.⁷ Según este, el único crecimiento viable es el que se da hacia afuera, se enfoca en captar inversión extranjera directa y en la liberalización financiera, cuyas tasas de interés serán determinadas por el mercado y no consideradas una variable política. El desarrollo económico se asimila con la desregulación y el respeto a la propiedad privada.

Ya a finales del siglo xx se aprecia un escenario marcadamente desigual, de crecimiento acelerado del desempleo, la exclusión y la pobreza. Pero también impacta a largo plazo, al establecer un patrón de acumulación de capital basado en el control tecnocrático

⁵ *Ibid.*, p. 72.

⁶ Daniel Filmus, “Una década de transformaciones en América Latina”, en Pablo Gentili y Nicolás Trotta [comps.], *América Latina: la democracia en la encrucijada*, cit., p. 28.

⁷ Elías, *op. cit.*, p. 72.

de la política económica, el abandono y fragmentación del sector público y la reducción o cooptación del Estado.

Así, la propuesta neoliberal condujo al aumento de la desigualdad porque destruyó el aparato estatal y dejó la regulación en manos del mercado, lo que resultó en el abandono de políticas públicas de protección para los que quedaron marginados. El crecimiento económico estuvo acompañado por una escalada en la desocupación y el trabajo informal. Las democracias que habían sucedido a las dictaduras de las décadas de los setenta y ochenta no hallaron respuestas a las demandas populares, ni lograron oponerse a los proyectos de concentración de riqueza.

El avance del Neoliberalismo y la Nueva Derecha tuvo efectos devastadores en las democracias de la región a las que hizo sentir todo su peso en los campos ideológicos, sociales, político-institucionales y económicos. La profunda crisis de la deuda, los ajustes sucesivos de los 80 y los 90, han producido un fuerte malestar en los gobiernos democráticos que no solucionaron la pobreza y la exclusión y una profunda crisis de representación.⁸

De acuerdo con Elías, se identifican una tercera y cuarta fases de implementación neoliberal. La tercera inicia a principios del nuevo siglo y busca cumplir los objetivos del Consenso de Washington, que no habían dado los resultados esperados. Se profundiza el desplazamiento del Estado por el mercado y la apertura de la economía, se implantan nuevos marcos regulatorios y se incrementan las privatizaciones. Sostiene que estas reformas preten-

⁸ María Susana Bonetto, “Nuevas perspectivas teóricas para el abordaje de la democracia en América Latina”, en María Susana Bonetto [comp.], *En torno a la democracia: perspectivas situadas: Norte-Sur*, Córdoba, Argentina, Encuentro Grupo Editor, 2009, p. 37.

den expulsar el poder político de la economía autonomizando los Bancos Centrales y creando agencias reguladoras independientes de los gobiernos de turno. En esta fase, “las políticas económicas, la estructura impositiva y las normativas para la inversión deben responder a los requerimientos del actual sistema globalizado, dejando estrecho margen para acciones fuera de los parámetros internacionales impuestos por las empresas transnacionales y el sistema financiero”.⁹

En la segunda década del presente siglo se abre la cuarta fase, cuando los acuerdos pasan a ser plurilaterales y están hegemonizados por los Estados Unidos. Se caracteriza por la expansión del poder corporativo a los ámbitos que aún están en manos del Estado y la consolidación de una nueva estructura institucional impuesta por el capital transnacional. Es en esta cuarta fase que se ubica, no sólo temporalmente, el acuerdo comercial entre la Unión Europea y el Ecuador, cuyo protocolo de adhesión fue firmado el 11 de noviembre de 2016, dando inicio a la vigencia del tratado a partir de 2017.

Un análisis de algunas variables económicas, a sólo dos años de su implementación, ya mostraba cierto deterioro de la balanza comercial del Ecuador con la Unión Europea en términos absolutos, y la intensificación de la relación ya asimétrica entre los productos de importación y exportación —el Ecuador exporta bienes primarios con escasa generación de valor agregado en su procesamiento e importa productos intermedios o finales, con mayores niveles de generación de valor agregado—. ¹⁰ Según este diagnóstico, la gran

⁹ Elías, *op. cit.*, p. 73.

¹⁰ En publicación anterior se revisa el impacto a corto plazo de este tratado, y se ofrecen los respaldos argumentativos en términos socioeconómicos de evaluación de éste, así como la atribución de causalidad al afirmado deterioro de la

consecuencia del acuerdo es que profundiza el patrón de especialización productiva del Ecuador como exportador de materias primas e importador de bienes intermedios y finales, lo que a su vez genera efectos perjudiciales para la autonomía económica y la soberanía del país: “la especialización productiva de un país está fuertemente relacionada con variables macroeconómicas como el crecimiento sostenido a mediano y largo plazos, la inequidad, la pobreza, el subempleo, entre otras, que afectan directamente la vida de las personas y sus derechos humanos”.¹¹

EL NEOLIBERALISMO Y LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS: UNA DISPUTA POR LA DEMOCRATIZACIÓN

Es posible afirmar que, en algunos países de Sudamérica, los gobiernos progresistas protagonizan el momento más democrático de los últimos cincuenta años.¹² Primero debido a las dictaduras, y luego al avance neoliberal, a fines del siglo pasado queda una región arrasada y de cara a una crisis profunda. Entiéndase que

balanza comercial en relación con la vulneración de derechos; evidencias que no serán reproducidas aquí. *Vid.* Meysis Carmenati González y Erik Jeremy Mozo Narváez, “Resiliencia del neoliberalismo en los gobiernos progresistas. El caso del TLC entre la Unión Europea y Ecuador (2017)”, *Revista nuestraAmérica*. Una revisión más exhaustiva de estas variables puede encontrarse en CEPAL, C. E., *Evaluación de los posibles impactos de un acuerdo comercial entre Ecuador y la Unión Europea*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 2017.

¹¹ Carmenati y Mozo, *ibid.*, p. 269.

¹² Para un balance de los gobiernos progresistas en relación con la disminución de desigualdades véase Juan Pablo Pérez Sáinz, “El tercer momento rousseauiano de América Latina. Posneoliberalismo y desigualdades sociales”, *desiguALdades.net*, Working Paper Series 72, Berlín, *desiguALdades.net International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America*, 2014.

se trataba de una crisis económica, pero también política, cultural, civilizatoria. Y es que no sólo en el plano de la desigualdad social tuvo impacto el neoliberalismo. Para la década de 1990, el estado generalizado de dependencia y precariedad desemboca en un cuestionamiento a las institucionales tradicionales de representación¹³ y el desencanto ante la política, debido al “debilitamiento de la confianza en las promesas de cambio y reparación socioeconómica”.¹⁴ De acuerdo con Bonetto, esta crisis se expresa en la acumulación de decepciones, la extensión del discurso antipolítico, la fragmentación en sociedades difícilmente representables, el socavamiento de identidades colectivas tradicionales, la incapacidad de los partidos regionales para construir proyectos que transformasen las condiciones de inequidad. El contexto de antagonismo político y la exclusión histórica de sectores que demandaban reconocimiento y redistribución termina por quebrar el ya limitado desarrollo de las democracias del Sur.

En la región, el proyecto político de la Modernidad se ha identificado, históricamente, con la debilidad institucional, siendo un enorme obstáculo para la democracia que las desigualdades hayan erosionado las bases mismas del sistema. Aunque luego de las dictaduras se trabajó en restaurar el Estado liberal y restituir la legalidad, nunca se enfrentaron las ingentes brechas económicas y sociales.¹⁵ El “agotamiento” de las instituciones tradicionales fa-

¹³ Sobre el concepto de crisis de representación puede leerse también: Juan Carlos Torre, “Los huérfanos de la política de partidos sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”, *Desarrollo Económico*, vol. 42, núm. 168, 2003, pp. 647-665.

¹⁴ Bonetto, *op. cit.*, p. 26.

¹⁵ Estos procesos, que Bonetto denomina “democracias restringidas”, consolidan los derechos humanos de primera generación pero vacían los derechos económicos y sociales. *Ibid.*, p. 35.

vorece la aparición de actores que buscan, al menos en principio, una transición posneoliberal.¹⁶

Con la llegada al poder de Hugo Chávez, en Venezuela, se inicia un cambio que paulatinamente alcanza dimensión regional. Varios países, entre ellos Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador, Paraguay, avanzan “en transformaciones contrastantes con la realidad de exclusión social y extrema pobreza de las décadas previas”.¹⁷ Bonetto considera que estos gobiernos logran, por algún tiempo, recuperar la confianza de la ciudadanía:

partiendo de los marcos institucionales de la democracia liberal, intentan transformarla, desbordando sus limitados parámetros, con reformas sociales profundas y búsqueda de protagonismo popular. Se intenta superar la crisis de representación que emerge luego de las frustrantes experiencias de los 80 y los 90, con discursos que enfatizan la soberanía popular, la participación política protagónica del pueblo, la justicia y la equidad social como supuestos irrenunciables del orden democrático.¹⁸

De acuerdo con Elías, el progresismo es una alternativa a los gobiernos anteriores, al neoliberalismo, a la ofensiva del capital y a la crisis económica. Los define como “organizaciones políticas con fuertes raíces en la izquierda y una importante base social en

¹⁶ Atilio Borón, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2003; Benjamin Goldfrank, “Democracia participativa e izquierdas: logros, contradicciones y desafíos”, en Anja Minnaert y Gustavo Endara [comps.], *Democracia participativa e izquierdas: logros, contradicciones y desafíos*, Ecuador, Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS), 2015.

¹⁷ Yamandú Acosta, Verónica Giordano y Lorena Soler, “América Latina: nuestra”, en Pablo Gentili y Nicolás Trotta, *op. cit.*, p. 60.

¹⁸ Bonetto, *op. cit.*, p. 26.

los trabajadores y en los pueblos originarios”.¹⁹ Explica que se dan en el marco de situaciones heterogéneas y transforman el concepto de “progresismo” en un “paraguas” de procesos distintos en contenido y profundidad. Pero todos logran apoyo popular masivo y sus programas interpelan la hegemonía neoliberal al centrarse en el fortalecimiento del Estado. Sistemáticamente visibilizados por medios de comunicación internacionales, alcanzaron influencia no sólo dentro de sus países sino regional y globalmente.

Bonetto deduce que los nuevos liderazgos conquistan la confianza ciudadana porque contradicen esa “ideología de la resignación” que se difundió como la vía moderna y seria de gobernar, pero terminó legitimando la “abdicación de la política como instrumento de transformación”.²⁰ Sin embargo, esa confianza se va a restaurar a través del personalismo, la sobreexposición de una figura con carisma y presencia mediática, que representó la recuperación democrática y la participación de los excluidos. Con todo, parece indisputable el rol del progresismo al enfrentar las brechas de la desigualdad. Durante esos años:

Avanzamos en una disminución de la pobreza y de la exclusión social sin precedentes; la educación pública amplió sus alcances y millones de jóvenes latinoamericanos ingresaron a la universidad, siendo gran parte de ellos la primera generación de estudiantes de nivel superior en sus familias; en algunos de nuestros países, el mercado de trabajo experimentó un significativo proceso de formalización, haciendo de la ampliación del empleo un efectivo mecanismo de inclusión y estabilidad; los derechos humanos ampliaron su horizonte, afirmándose en nuevos campos: la diversidad étnica, cultural y sexual, la plurinacionalidad, los

¹⁹ Elías, *op. cit.*, p. 75.

²⁰ Bonetto, *op. cit.*, p. 27.

bienes comunes, el desarrollo sostenible, el acceso a la información y el conocimiento, la salud reproductiva, la paz, el buen vivir y tantos otros. Fueron años de una profunda transformación democrática.²¹

Daniel Filmus identifica un conjunto de rasgos comunes en las diferentes experiencias de los progresismos. Si algunos de estos movimientos aspiraron al gobierno por décadas, como el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil y el Frente Amplio (FA) en Uruguay; la mayoría surge de situaciones difícilmente predecibles, vinculadas a la crisis de representatividad de los partidos tradicionales. Es el caso de Hugo Chávez, Néstor Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa y Fernando Lugo.

Un atributo propio del progresismo consistió en combinar el crecimiento económico con una mejor distribución de la riqueza mediante políticas que afectaron intereses de sectores privilegiados y favorecieron a grupos históricamente excluidos. También se caracterizó por la vigencia de la institucionalidad democrática. Aunque los medios de comunicación insistían en su talante autoritario, las instituciones tradicionales de la democracia representativa se mantuvieron y fortalecieron con *referéndums* frecuentes y gracias a la creación de entidades de integración regional como el Mercado Común del Sur (Mercosur) y la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), por mencionar unas.

Otro aspecto fue el rol central del Estado. Para proteger los ajustes neoliberales durante años se suscitó una campaña de deslegitimación que lo presentaba como ineficiente y burocrático, logrando dismantelar y privatizar las funciones públicas. En ese escenario, la recuperación del Estado significó un desplazamiento

²¹ Gentili y Trotta, *op. cit.*, p. 11.

en los modelos de distribución de la renta y en la gestión de nacionalizaciones y estatizaciones de empresas de sectores estratégicos, como las de hidrocarburos. Se incrementó el gasto público, la inversión en infraestructura, los programas de empleo, fomento productivo y lucha contra la pobreza, favoreciendo la generación de fuentes de trabajo y el mercado interno. Todo ello permitió la garantía de ciertos derechos para poblaciones históricamente marginadas, y una movilidad social ascendente, hacia la clase media, de importantes sectores.

Casi la mitad de los latinoamericanos eran pobres a inicios de los noventa. Las políticas aplicadas hicieron descender la pobreza del 43.9 al 29.2%, y la indigencia del 19.3% al 12.4%, entre 2002 y 2015. El coeficiente de Gini muestra que la desigualdad disminuyó en proporciones significativas debido a la mejora en los ingresos salariales y la inversión pública en educación, seguridad y planes de asistencia, como los programas de transferencia condicionada (PTC).²²

A pesar de las enormes deudas sociales, el avance en torno a la igualdad fue sustantivo. Se progresa en temas de género, aunque con grandes limitaciones. Se promueve el acceso al empleo; la ampliación de la licencia por maternidad; la atención a la infancia; la

²² Los programas de transferencia condicionada consistían en transferencias monetarias y no monetarias a familias en situación de pobreza con hijos menores de edad. Entre los de mayor impacto estuvieron: Programa Bolsa Familia (Brasil), Asignación Universal por Hijo (Argentina), Plan Equidad (Uruguay), Chile Solidario (Chile), Bono Jacinto Pinto (Bolivia), Bono de Desarrollo Humano (Ecuador) y Programa Tekopora (Paraguay). Sin embargo, Filmus explica que hubo dos momentos muy diferentes: el primero termina con la crisis de 2008 y se caracteriza por una baja abrupta de la pobreza. A partir de ahí, la disminución de la pobreza y la indigencia frena su ritmo, e incluso se invierte la tendencia en números absolutos. Filmus, *op. cit.*, p. 35.

paridad en la representación; la protección y reconocimiento del trabajo doméstico y de cuidados. En Ecuador y Chile se reconocen las uniones civiles de parejas del mismo sexo, y en Argentina, Brasil y Uruguay, el matrimonio. Las comunidades indígenas y afrodescendientes adquieren representación en la nueva nomenclatura de Estados plurinacionales, incorporándose mecanismos de participación política en las Asambleas Legislativas. Se fortalece la institucionalidad regional mediante la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), en un nuevo modelo de integración no basado únicamente en relaciones comerciales:

La creación de una institucionalidad regional que genere mayores condiciones de autonomía, un incremento en el grado de independencia en la toma de decisiones a nivel regional —y, en particular, como bloque— en los organismos multilaterales, el avance en el diseño de estrategias comunes en temáticas tradicionalmente no abordadas en forma conjunta —como la defensa, el desarrollo sustentable y las crisis globales— son algunos de los logros más importantes desde la perspectiva política.²⁵

En resumen, el periodo se define como el momento de mayor crecimiento en cuarenta años para América Latina, una mejor distribución de la riqueza y el fortalecimiento de las funciones sociales del Estado. Sin embargo, muy pronto se empieza a temer por la sustentabilidad de estas reformas que se apoyaron más en la evolución del ciclo económico que en transformaciones de tipo estructural. En breve la desaceleración del crecimiento pondrá en evidencia la fragilidad de algunas mejoras y la dependencia de

²⁵ *Ibid.*, p. 42.

la región en cuanto a la producción y exportación de productos primarios.

Tal vez por esto, y por otras circunstancias, contingentes y estructurales, en el contexto de los gobiernos progresistas se abren paso decisiones contradictorias a la tendencia democratizadora que habían defendido en un inicio. Un ejemplo puede hallarse en la pérdida de soberanía y el retroceso en términos de derechos que implica la firma del Tratado Comercial de Ecuador con la Unión Europea. Como parece excesivo, superfluo e insuficiente adjudicarle al progresismo una simple demagogia “populista”, es necesario un análisis que perciba estas contradicciones como síntomas de una reestructuración capitalista en proceso.

Si adoptamos esta premisa, el Tratado en cuestión es, o puede ser, un indicio de la capacidad del capitalismo para reconstruirse y reinventarse constantemente,²⁴ para metabolizar los agentes de subversión y convertirlos en algo que tributa a su perpetuidad y desarrollo. Esta hipótesis permitiría, en última instancia, transitar hacia una reflexión de orden crítico que eche luz sobre las condiciones de posibilidad de la democratización y la conquista de los derechos en el marco de la racionalidad capitalista. No es éste el lugar para explicación de tal orden, y sin embargo sí cabe ensayar una tesis sobre la relación orgánica, constitutiva y de presuposición, entre las prácticas políticas injerencistas, típicas de los tratados, y la lógica antiderechos que está en el núcleo del capitalismo. En concreto, la constancia y penetración del neoliberalismo se debe a su identificación con un proyecto histórico cuya esencia es la acumulación de capital, en todas sus formas: materiales,

²⁴ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 1988.

simbólicas, humanas. Pero esto sólo es posible si se garantizan los recursos indispensables para su sostenimiento y expansión ilimitada. En un contexto de colapso ecológico empieza a entenderse que estos recursos tienen límites físicos y son cada vez más escasos.

LA LÓGICA ESTRUCTURAL DEL CAPITALISMO
DESDE, DURANTE Y DESPUÉS DE LOS GOBIERNOS
PROGRESISTAS: EL ROL DEL TLC

Un fantasma recorre Latinoamérica, pero ahora es el fantasma del ajuste neoliberal, y todas las fuerzas parecen unirse para reforzarlo, hegemonizarlo. El peligro es que logre normalizarse, que el despojo y la precariedad se hagan costumbre.

Luego de unas dos décadas, el progresismo no logra revertir la desigualdad ni la concentración de cada vez mayor riqueza en un reducido porcentaje de la población:

En el plano cultural, los proyectos transformadores de las primeras décadas del siglo XXI han fallado en la construcción de una hegemonía alternativa a la hegemonía neoliberal, la cual a pesar de los cambios introducidos pudo conservar significativas cuotas de poder. En este contexto, se hace evidente el enorme poder que han logrado sostener sus portavoces: los viejos y nuevos agentes de producción pero también los viejos y nuevos agentes de difusión de ideas. El mapa político actual de América Latina está en proceso de reconfiguración con gobiernos que ampliamente podríamos agrupar como de derechas.²⁵

Los gobiernos progresistas del Cono Sur, con todas sus diferencias, se inscriben dentro de las opciones de la institucionalidad

²⁵ Acosta, Giordano y Soler, *op. cit.*, p. 62.

capitalista para enfrentar las crisis. Ello explica que lleguen al gobierno “vacando su discurso político de los objetivos estratégicos de la izquierda, y asumen las reformas del Banco Mundial como si fueran un programa superador del neoliberalismo”.²⁶ De esta forma, Elías reconoce fuertes cambios en el plano político-electoral, pero mínimos en lo ideológico: en los ámbitos económico e institucional profundizan el capitalismo. Sostiene que su principal carencia es pretender atenuar los males capitalistas sin haberlos enfrentado como sistema. Y menciona desafíos como la recesión económica y la polarización política que, luego de estas experiencias, quedan como tarea pendiente a los progresismos.

Esto no significa que no haya espacios sociales y políticos por disputar en cada uno de ellos. En Bolivia, Ecuador y Venezuela, la situación fue muy distinta; hubo avances importantes en el enfrentamiento a las empresas transnacionales, restringiendo su capacidad de acumulación. Los cambios fueron más profundos y fuertes en lo político, lo ideológico y en la apropiación, uso y distribución de la renta originada en el petróleo, el gas y la minería; a su vez, los cambios institucionales apuntaron al fortalecimiento de la soberanía nacional, la inclusión de los pueblos originarios y la construcción de poder social, no obstante los persistentes intentos desestabilizadores de Estados Unidos. Lo anterior, sin desmedro de reconocer que las reglas básicas del funcionamiento capitalista se mantienen y que estos países han evolucionado de manera bastante diferente por presiones externas y por problemas internos.²⁷

Durante la segunda década del siglo la crisis de la economía mundial se traslada de los países centrales a los periféricos. Este movimiento sumerge a la región en una ofensiva del capital tras-

²⁶ Elías, *op. cit.*, p. 76.

²⁷ *Ibid.*, pp. 76-77.

nacional, mediante la imposición de mega tratados comerciales, la maximización de beneficios corporativos, la profundización del modelo de acumulación al procurarse bienes aún en manos del Estado.

La renovada disputa por los recursos se expresa en cambios institucionales, impulsados por los países centrales, que derivan en la desregulación de los procesos productivos nacionales, las seguridades y derechos laborales y los servicios que proveen las empresas públicas, incluso aquellos como educación, salud, seguridad social, electricidad, agua y telefonía. Todo ello facilita la penetración de transnacionales, principales beneficiarias de los tratados de libre comercio.

se reducen las soberanías nacionales, ya que se pierde control de las economías, y se afecta la democracia, en tanto los acuerdos adquieren carácter supraconstitucional. Los inversores extranjeros obtendrán así protección respecto a las reglamentaciones restrictivas del “libre” comercio, aunque estas estén diseñadas para proteger el medioambiente, la salud, la seguridad pública, la estabilidad financiera o para garantizar el acceso universal a los servicios. Los derechos laborales y los ingresos de los trabajadores, activos y pasivos, también podrán ser puestos en cuestión, generando un deterioro significativo de ellos.²⁸

En resumen, los tratados comerciales viabilizan nuevas lógicas de adueñamiento por despojo y el engranaje de una estructura institucional global que lleva al menos medio siglo entretejiendo modelos, prácticas, discursos, vías de acción, actores locales y globales. Para entender el “desenlace” de los progresismos y las recientes tribulaciones de la región latinoamericana hay que analizar la ofensiva del capital y la defensa de un proyecto histórico

²⁸ *Ibid.*, p. 79.

de acumulación que busca una respuesta a la caída de la tasa de ganancia, y que sugiere una planificación “eficiente” sobre los recursos naturales, económicos y humanos de nuestras naciones, a gran escala y a largo plazo.

Pablo González Casanova hace un recuento de la coyuntura latinoamericana en el marco del neoliberalismo. Describe la región colonizada por un capitalismo de despojo que combina el trabajo asalariado con otros modos como el esclavismo y las nuevas formas de tributación: deudas que se cobran con bienes y territorios, embargos y privatizaciones. Los países someten sus dictados a corporaciones y políticas colaboracionistas que acentúan los problemas de sobreproducción y subconsumo y absorben los mercados nacionales apropiándose las prestaciones públicas de primera necesidad. La desregulación detona crisis por las especulaciones de banqueros que quiebran a miles de deudores (como la de Ecuador en 2000 y la de Argentina en 2008), refuerza la devaluación de la moneda, la inflación creciente, la congelación de salarios, servicios y mercados antes subsidiados y hoy desaparecidos, o por desaparecer, a favor de megaempresas financieras, armamentistas, mineras, agroindustriales, constructoras, entre otras.²⁹

En la política esto se refracta en formas de dependencia instauradas mediante golpes de Estado “blandos”, vínculos entre el crimen organizado y los gobiernos locales y la combinación de la inflación con el desabastecimiento.³⁰ La disminución de fuentes

²⁹ Pablo González Casanova, “América Latina y el mundo: crisis, tendencias y alternativas”, en Gentili y Trotta [comps.], *op. cit.*, 2016.

³⁰ Gentili y Trotta advierten cómo, apenas terminando el ciclo progresista, los gobiernos de Paraguay y Honduras fueron derrocados por golpes de Estado ante la indiferencia mundial; Dilma Rousseff fue destituida luego de haber sido elegida por más de 52 millones de brasileños y brasileñas; más del 65% de la

de trabajo se suma a macropolíticas de represión y corrupción, violación de derechos civiles y humanos —como los derechos agrarios de cientos de comunidades—, y el terror al saqueo de pueblos, comuneros y pequeños propietarios por narcos y paramilitares. La creciente criminalización de grupos vulnerables deriva en los desplazados por la violencia, los que viven en extrema miseria, los homicidios intencionales, los feminicidios, los migrantes indocumentados y la precarización de todo.

La pregunta que muchos nos hacemos es ¿qué pasó? ¿Cómo se retrocedió tan rápidamente en materia de derechos? De acuerdo con Beatriz Stolowicz, la regresión es el efecto de una contraofensiva imperialista que se sirvió de las burguesías locales para desestabilizar el progresismo. Los gobiernos así denominados, en medio de las contingencias y contradicciones que enfrentaron, no fueron capaces de mantener los niveles de compensación con que respondían a la crisis ni de conservar la base social que tuvieron al inicio. Según la autora, era imprescindible una estrategia centrada en reducir el poder del capital, lo que implicaba admitir el conflicto de clases y tomar una postura al respecto. El análisis de los últimos años del ciclo progresista desenmascara una revolución pasiva posliberal, visible también en varias de las formulaciones de izquierda sobre las alternativas al neoliberalismo. Por ejemplo, el que algunas adoptaran el neodesarrollismo como la postura “re-

ciudadanía no se pronunció en el plebiscito por la Paz en Colombia y menos del 20% del total de votantes eligió mantener el conflicto luego de más de medio siglo de guerra. Sólo durante el primer año de gobierno de Mauricio Macri, en Argentina, se alcanzó la cifra de 5 millones de nuevos pobres, un endeudamiento de más de 45 mil millones de dólares, déficit fiscal e inflación crecientes, el ascenso del desempleo y la multiplicación de privilegios y prebendas para las oligarquías y grupos multinacionales. Gentili y Trotta, *op. cit.*, p. 12.

alista” para un “socialismo del siglo XXI”; o que no se preocuparan por subvertir la dicotomía liberal Estado-mercado y el antagonismo entre público y privado, ambos ejes de acción irrenunciables.⁵¹

En opinión de Stolowicz, el socialismo real posneoliberal se centró en “hacer subir” a los individuos peor colocados en la escala social para evitar que la desigualdad se profundice: una concepción de igualdad en la diversidad que, sostiene, termina refrendando la acumulación capitalista. En este modelo la distribución del ingreso y las riquezas no necesita ser igual, sino ventajosa para todos, y los puestos de autoridad accesibles a los diversos grupos; mientras, el obrero-productor se transforma en trabajador-consumidor, como en el caso particular de la universalización de los celulares. El problema consiste en que, en apariencia, la explotación desaparece, pero se mantiene un control total del capital sobre la subjetividad y las prácticas de los individuos.

De acuerdo con esta formulación, el conflicto con el capital se dirime sólo en el mercado como dominación; y por eso el objetivo socialista de reducir la desigualdad se lleva a cabo con las políticas sociales para reducir la desigualdad de género, étnica, educativa y de manera focalizada para hacer “subir” a los más desventajados en sus ingresos; así como acciones para crear una nueva hegemonía cultural. Este socialismo es concebido, además, como: “un ‘movimiento’ por ‘dentro’ y por ‘fuera’ del Estado -de sucesivas transformaciones que obstruyen la reproducción de las desigualdades y amplían las condiciones de igualdad”, que no está pensado en relación con algún “modo de producción determinado”. Sin embargo, es visible que la base material de ese socialismo realista está pensada desde el neodesarrollismo. En este movimiento que lo es todo, el incrementalismo democrático liberal-republicano no parece encon-

⁵¹ Beatriz Stolowicz, *A contracorriente de la hegemonía conservadora*, Bogotá, Espacio Crítico Ediciones, 2012.

trar ningún límite en la reacción del capital para preservar su poder, es una acumulación democrática sin sobresaltos.³²

Stolowicz concluye que la discusión posliberalismo/anticapitalismo no puede enfocarse en el neodesarrollismo transnacional, ni fundarse en una reforma cuyo argumento “progresista” consiste en regular al capital especulativo para llegar a lo que llama un “capitalismo en serio”. Y concluye:

Pese a todas las críticas morales que estos “socialismos posliberales” le hacen al capitalismo por opresivo, por generar cultura individualista y enajenación, sus propuestas de reformas realistas no están en la dirección de superar al capitalismo sino de administrarlo. Una vez más, la discusión actual no es de medios sino de fines, sobre la dirección hacia donde caminar. Reformulada como posliberalismo o anticapitalismo, apunta precisamente a exhibir el objetivo de las “reformas posliberales” de perpetuar al capitalismo realmente existente, y de que sólo reduciendo el poder del capital se puede superar al neoliberalismo.³³

Se impone la necesidad de pensar, desde la condición de subalternidad y periferia, cómo las lógicas de desarrollo dependiente y las formas liberales de racionalidad económica son cómplices en la estrategia de normalizar la precarización de la vida, hacia una escalada de productivismo sin autonomía, sin soberanía y sin derechos. Con los gobiernos progresistas el capital encontró un competidor, un agente de subversión de ciertas prácticas políticas tradicionales, que reaccionaba ante el avance neoliberal de entonces. No obstante, sin cambios estructurales mayores, y tal vez sin siquiera las condiciones históricas para alcanzarlos, las relaciones

³² *Ibid.*, p. 395.

³³ *Ibid.*, p. 396.

capitalistas, naturalizadas, pudieron metabolizar los procesos democratizadores rápidamente y encauzarlos como materia prima para su desarrollo. No de una vez y para siempre, pero sí en las circunstancias actuales de la lucha de hegemonías políticas.

EL NEOLIBERALISMO: DIAGNÓSTICO DE UNA ENFERMEDAD AUTOINMUNE

El neoliberalismo, articulado a los fundamentalismos, se encuentra en constante reestructuración. Por un lado, los recursos y bienes quedan en manos del mercado, lo que permite controlar la redistribución y supeditarla al intercambio mercantil privatizado de economías dependientes. Por otro, los fundamentalismos ayudan a redirigir la energía de la protesta y desmovilizar las instancias de lucha. La precarización de la vida, la intolerancia y el miedo son aristas de una misma fórmula cuyo fin es unilateralizar la capacidad agencial humana hacia el productivismo: es decir, la acumulación ilimitada de capital.

Esta estructura reúne agentes locales y globales en torno a un sector corporativo que es la primera línea del despojo; como, por ejemplo, en el caso de los intermediarios entre los campesinos y el consumo de sus productos en supermercados. Así, sucesivamente, se van entretejiendo los niveles de inversión, producción y ganancia asimilando hasta los ámbitos gubernamentales y legislativos. Uno de sus puntos de densidad es, como hemos visto, los tratados de libre comercio, que regulan la dependencia económica y cultural desde una relación centro-periferia donde el poder circula más allá de los indicativos económicos hacia la monopolización de la vida, la precarización del trabajo y el atrapamiento de las personas en un régimen de inseguridad. En medio, el estado gene-

ralizado de incertidumbre y los fundamentalismos neo-religiosos y posmodernos hacen su parte, como ideologías desmovilizadoras que obturan la organización de resistencias.

Entiéndase que esta es una incertidumbre con carácter productivo, que ataca esencialmente el núcleo de la imaginación política y condiciona las vías de transformación al dificultar el ejercicio de pensarla y articularla como proyecto. Es una incertidumbre que, a la par, produce víctimas incontables, que son su condición de existencia: mujeres cuyos cuerpos son territorio para la muerte y el adueñamiento, cuyas vidas se consumen en los trabajos productivo y reproductivo a la vez, en quienes se expresa primero la escalada de la violencia; migrantes y desplazados fuera de todo contrato jurídico; trabajadores cada vez más precarizados; periferias cada vez más abandonadas. Y todo ello sucede cuando ya no hay tiempo ante el peligro inminente de la destrucción del ecosistema que, en breve, puede llegar a ser irreversible.

Estas víctimas anónimas son los pilares que sostienen el patrón de acumulación capitalista legitimado en órdenes institucionales e intercambios múltiples, como los tratados de libre comercio, pero también en otras formas de colonialidad y dominación discursivas y materiales que conforman el régimen de verdad de nuestras vidas cotidianas. Es por eso que el neoliberalismo no sólo es un modelo de dependencia económica, también es un programa político; y, como se ha visto, es altamente resiliente, posee una enorme capacidad para recuperarse ante la adversidad y seguir proyectando el futuro.

El neoliberalismo es una herramienta efectiva para instrumentalizar la vida humana y los bienes —naturales y culturales— de las naciones. En este sentido, le caracteriza una racionalidad específica que se expresa a modo de ofensiva estratégica del capital,

expandiéndose de modo sistemático en áreas cada vez más extensas, tanto geográficamente como hacia el interior, absorbiendo las esferas de la intimidad. Es así que la expropiación se manifiesta en formas múltiples e interrelacionadas que incluyen desde la crisis de representación y la acumulación de decepciones; el debilitamiento de identidades colectivas; la subsunción del trabajo; la inseguridad; la desaparición de servicios y garantías sociales; hasta la devastación de los entornos naturales que hacen posible la vida. Todas estas áreas de la realidad se iluminan desde los reflectores del capital o se nos quedan cada vez más a oscuras.

La lucha por el sostenimiento de estas expresiones, de la comunidad política, y de los cuerpos colectivos en que habitamos, es cada vez más urgente, y concentra la lucha por la sobrevivencia ecológica, económica, cultural, por la reproducción misma. Las teorías sobre el reconocimiento y la redistribución ya no parecen suficientes. Las movilizaciones y organizaciones tradicionales aún no activan una fuerza política o un frente común plural, que supere, o reoriente, las contradicciones al interior de las izquierdas. El saqueo de las comunidades históricamente excluidas se profundiza y, sin embargo, algunas de ellas están asegurando las bases de nuestra existencia en común: como los campesinos, los pueblos originarios, los colectivos de mujeres indígenas organizadas, la nueva estética política y performativa del movimiento feminista, etc.

Más que esperar el desarrollo de las democracias regionales, como hasta ahora, urge desenredar la trama de interacciones conscientemente contrahegemónicas y empezar a fecundar, resemantizando y re-creando nuestra capacidad productiva, nuevos modelos de lucha, de trabajo, de intercambio, de familia, de relaciones sociales. La tarea es inminente, pero requiere de opera-

ciones complejas y redes que aún no somos capaces de tejer. Una vía necesaria, una actividad sistemática y constante, debe ser la de anidar pensamiento crítico para la transformación: echar luz sobre esas áreas de la realidad que nos acometen cada vez más sombrías. Pero no es la única. Los cambios son inevitables y la pregunta es si lograremos que se encaucen hacia nuestra reproducción y reinvención o hacia una catástrofe ecológica y social.

El neoliberalismo, en ese sentido, debe ser entendido también como un reparto de los recursos cuando la lucha por éstos, cada vez más escasos, se intensifica. La privatización acelerada y creciente de bienes naturales no describe un contexto económico coyuntural sino un proyecto político a largo plazo, que está configurando el mañana, y que ha bebido de las ideologías fundamentalistas y de los relatos mediáticos apocalípticos: lo que llamo el conjunto de narrativas sobre el fin del mundo.

Ello no se relaciona con las explicaciones que ofrecen ciertas teorías de la conspiración. De lo que se trata es de una reestructuración sistémica de la racionalidad que conecta, utilitariamente, desigualdad y capitalismo, en la medida en que ambos se presuponen para existir. La revolución pasiva posliberal/neoliberal, con su nuevo nexo Estado-mercado —el mismo pero renovado—, ataca la distribución del ingreso y las riquezas porque la disputa se percibe, ideológica y materialmente, cada vez más, como una pugna por el futuro, y por los recursos privilegiados que lo hacen posible.

La crisis y el terror han sido dos de las estrategias más usadas en las últimas décadas y han funcionado como plataforma por excelencia para el acallamiento ante la violación de derechos civiles y humanos. El terror no es una mentira mediática y no es casual, también es resultado de condiciones estructurales. Cuando las op-

ciones que se nos presentan se reducen a vida precaria o muerte de lo que hablamos es de cómo la fractura sistémica del capitalismo, que Marx augurara un siglo atrás, no se está manifestando por el lado de la interrelación social comunal, sino por el de la disolución de los vínculos comunitarios o la apuesta por su captura. Esta tensión que aún es principalmente ideológica —aunque muy concreta en territorios como los amazónicos, extractivistas, fronterizos, periféricos, racializados, feminizados, los narcoterritorios, entre otros—, enuncia los márgenes y las capacidades de nuestra imaginación política, más atravesada por el conjunto de narrativas sobre el fin del mundo que por la re-creación de instancias colectivas.

Estas lógicas de adueñamiento y precarización, cercamiento de recursos, desintegración de instituciones tradicionalmente subversivas, fragmentación social, nos llevan a considerar dos hipótesis aún en ciernes, y que intentaré bosquejar en términos muy generales.

Primero, y cada vez más, percibimos el futuro como un escenario de peligro y escasos recursos, por tanto, la lucha por la reproducción, que el pensamiento feminista ha priorizado por décadas, empieza a ser considerada por los sectores más conservadores, mediante una nueva política de “acumulación originaria” que ahora busca despojar y expropiar desde lo público hasta las áreas de la intimidad, en una lucha donde la reproducción de unos conlleva, para el resto, a la asunción del dilema “vida precaria o muerte”. La avanzada neoliberal, y todas las energías que a nivel local y transnacional patrocinan su perpetuidad, deben pensarse desde esta encrucijada.

Segundo, ya sabemos que en contextos de crisis, como la ocasionada por la pandemia de Covid-19, el neoliberalismo se nos presenta sin máscaras y su lógica estructural puede compararse

con la de una enfermedad autoinmune. En términos de una metáfora de la totalidad, y en tanto coexistimos en la medida en que habitamos cuerpos colectivos, es posible afirmar que sugiere una racionalidad en la que el cuerpo se ataca a sí mismo. Es decir, la extensión y profundidad del neoliberalismo atraviesa las bases fundamentales del sistema social y los bienes esenciales de la naturaleza, poniendo en riesgo todo.

No son hipótesis absolutas y no esperan centralizar los análisis sobre estos desafíos insondables que prefiguran nuestro paso por el mundo actual y que, sin duda, van a definir el mañana. Al contrario. Quieren ser puertas, bordes del camino cuyo objeto es tenernos alerta y propiciar nuestros encuentros, la oportunidad de interpelarnos en el momento presente, recuperar la empatía y hacer visibles las prácticas colectivas en que existimos, nos constituimos, nos resguardamos y sostenemos mutuamente. Si el neoliberalismo ha evidenciado ya su penetrante resiliencia, eso sólo puede significar que nuestras vidas, su reproducción misma, tendrán que ser igual de tenaces y enérgicas, mientras se tejen nuevas posibilidades de subversión y resistencia.

REFERENCIAS

- Acosta Yamandú, Verónica Giordano y Lorena Soler, “América Latina: nuestra”, en Pablo Gentili y Nicolás Trotta [comps.], *América Latina: la democracia en la encrucijada*, Buenos Aires, Editorial La Página, 2016, pp. 59-69.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 1988.
- Bonetto, María Susana, “Nuevas perspectivas teóricas para el abordaje de la democracia en América Latina”, en María

- Susana Bonetto [comp.], *En torno a la democracia: perspectivas situadas: Norte-Sur*, Córdoba, Argentina, Encuentro Grupo Editor, 2009.
- Borón, Atilio, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2003.
- _____, *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Buenos Aires, Luxemburg, 2012.
- CEPAL, *Evaluación de los posibles impactos de un acuerdo comercial entre Ecuador y la Unión Europea*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 2017.
- Elías, Antonio, “La ofensiva del capital y el ocaso del progresismo en el Mercosur”, en Pablo Gentili y Nicolás Trotta [comps.], *América Latina: la democracia en la encrucijada*, Buenos Aires, La Página, 2016, pp. 69-85.
- Fernández Retamar, Roberto, *Todo Caliban*, Cuba, Fondo Cultural del Alba, 2006. 193 pp.
- Filmus, Daniel, “Una década de transformaciones en América Latina”, en Pablo Gentili y Nicolás Trotta [comps.], *América Latina: la democracia en la encrucijada*, Buenos Aires, La Página, 2016, pp. 11-17.
- Gentili, Pablo y Nicolás Trotta [comps.], *En América Latina: la democracia en la encrucijada*, Buenos Aires, La Página, 2016.
- Goldfrank, Benjamin, “Democracia participativa e izquierdas: logros, contradicciones y desafíos”, en Anja Minnaert y Gustavo Endara [comps.], *Democracia participativa e izquierdas: logros, contradicciones y desafíos*, Ecuador, Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS), 2015, pp. 95-121.
- González Casanova, Pablo, “América Latina y el mundo: crisis, tendencias y alternativas. América Latina: la democracia en la

encrucijada” en Pablo Gentili y Nicolás Trotta [comps.], *América Latina: la democracia en la encrucijada*, Buenos Aires, La Página, 2016, pp. 17-27.

James, Selma, “Prólogo a la edición latinoamericana”, en Selma James y Mariarosa Dallas, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, México, Siglo XXI Editores, 1975, 103 pp.

Pérez Sáinz, Juan Pablo, “El tercer momento rousseauiano de América Latina. Posneoliberalismo y desigualdades sociales”, *desiguALdades.net*, Working Paper Series 72, Berlín, International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America, 2014.

Stolowicz, Beatriz, *A contracorriente de la hegemonía conservadora*, Bogotá, Espacio Crítico Ediciones, 2012.